

✠ Si conocieras el Don de Dios... ✠

Si Scires Donum Dei...

“No deseo nada, ni me siento apegada más que a Jesús sacramentado. Pensar que el Señor se quedó con nosotros me infunde un deseo de no separarme de él en la vida, si ser pudiera, y que todos le viesen y amen. Seamos locos de amor divino, y no hay qué temer.”

—Santa Micaela del Santísimo Sacramento



No lo dejes solo...

Antes era el hombre quien esperaba a Dios, ahora resulta que es Dios quien espera al hombre y éste ni se entera. Por eso, no te pierdas la visita diaria a Jesús. “La visita al Santísimo Sacramento es una prueba de gratitud, un signo de amor y un deber de adoración hacia Cristo Nuestro Señor” (Cat 1418). Y la Iglesia concede una indulgencia plenaria al fiel que visite a Jesús para adorarlo en la Eucaristía, durante media hora.

¡Cuántas bendiciones traerá a tu vida la visita diaria a Jesús! Si la haces en la mañana, antes de ir al trabajo, será como un acumulador eléctrico, pues durante todo el día te irradiará amor, paz y alegría. ¡Lléname de energías por la mañana delante del Santísimo! Y si vas por la noche, después de un día de trabajo agotador, entonces te parecerá que se abre una válvula de escape, que te relajará de tus tensiones y así te apaciguará y te dará tranquilidad para dormir mejor.

¿Acaso es demasiado pedir que todos los días visites a tu Dios? ¿No tienes acaso nada que agradecerle en este día?, ¿nada, nada?

Visitar a Jesús sacramentado cada día es exponer nuestra alma enfermiza y anémica a la irradiación invisible de su amor. De este modo, nuestra alma comenzará a renovarse con una nueva vitalidad, florecerá como en primavera y brotará con vigor la alegría y la paz dentro del corazón.

“Jesús es un Dios cercano, un Dios que nos espera, un Dios que ha querido permanecer con noso-

tros para siempre. Cuando se tiene esta fe en su presencia real, ¡Qué fácil resulta estar junto a Él, adorando al Amor de los amores! ¡Qué fácil es comprender las expresiones de amor con que a lo largo de los siglos los cristianos han rodeado la Eucaristía” (Juan Pablo II, Lima 15/5/88).

San Alfonso María de Liguorio escribió su famoso libro *Visitas al Santísimo Sacramento y a María Santísima*, que ha superado las dos mil ediciones y dice así: “Dónde tomaron las almas santas más bellas resoluciones que al pie del S. Sacramento? ¡Y quién sabe si tú resolverás las tuyas al darte del todo a Dios ante este sacramento! ¡Qué ventura es conversar amorosamente con el Señor que, sobre el altar; está rogando por nosotros al Eterno Padre, ardiendo en llamas de amor! Este amor; es quien lo hace permanecer escondido, desconocido y hasta despreciado de los hombres. Pero ¿a qué más palabras? Gustad y ved. “*Venid y veréis*” (Jn 1,39).

Pero alguno me dirá: es que las Iglesias están cerradas. Cierto, que esto ocurre con demasiada frecuencia. ¡Cuántas bendiciones y gracias se pierden así para la persona y para sus familias, para la Iglesia y para el mundo en general, porque los fieles no tienen facilidad para visitar a Jesús!

“La visita al Santísimo Sacramento es un gran tesoro de la fe católica... Y todo acto de reverencia, toda genuflexión que hacéis delante del Santísimo Sacramento es importante, porque es un acto de fe en Cristo, un acto de amor a Cristo. Y cada señal de la cruz, cada gesto de respeto hecho todas las veces que pasáis ante una iglesia, es también un acto de fe. Que Dios os conserve esta fe en el Santísimo sacramento” (Juan Pablo II, homilía en Dublín, 29/9/79).

Pero la triste realidad es que la mayoría de los fieles no sienten deseos de visitar a Jesús durante la semana. Por lo cual, tampoco se ve la necesidad de dejar abiertas las iglesias. Y Jesús se pasa horas y horas, solitario, esperando a alguna alma piadosa, que venga a consolarlo y



darle la alegría de pedirle sus bendiciones. “Cristo, personalmente presente junto a la luz vacilante de la lámpara solitaria, sigue exigiendo una respuesta personal, invitando al diálogo a los que adoran con fe” (Pablo VI al Congreso eucarístico del Perú, 30/8/65). Cristo no está en el sagrario de modo estático, como si estuviera durmiendo, sino está vivo y dinámico. Su presencia real no es un “estar ahí”, sino “estar por ti”. Te está esperando ¿hasta cuándo?.

En los primeros tiempos del cristianismo, se guardaba la Eucaristía en las casas para llevarla a los enfermos o a los cristianos que iban a padecer el martirio o a otras Iglesias en señal de comunión. ¡Con cuánto amor la guardaban!

Cuando entres a una iglesia y veas la luz parpadeante de la lámpara, piensa que allí está Jesús, tu Dios, esperándote. En la Hostia Santa está el milagro más grande del mundo, un milagro que la mente humana no puede comprender, porque es un milagro de amor. Él te sigue esperando desde hace dos mil años, escondido en la Hostia, pequeño, invisible, pero el mismo Jesús de Nazaret. Acércate a Él con amor y devoción como los pastores, como los magos, como lo hicieron María y José aquel día de Navidad. Después de la Misa y Comunión, la mejor receta que puedo darte para que crezcas en santidad es: ¡Cinco minutos de sagrario cada día! Cuando necesites a Jesús, búscalo en el sagrario de nuestras iglesias.

(Tomado de Jesús Eucaristía, el Amigo que siempre te espera, del Padre Ángel Peña, OAR)

La “loca del Sacramento”

Santa. Micaela del Santísimo Sacramento nació en Madrid, España, en 1809. Después de hacer una visita al hospital de San Juan de Dios, descubrió su vocación religiosa y fundó una orden religiosa cuyo carisma sería la educación de jóvenes desorientadas. Su amor por Jesús Sacramentado era tan grande que llegaron a llamarla ‘la loca del Sacramento’. Ella cuenta en su autobiografía:

“Algunas veces, no sé cuantas, vi abrir el sagrario, estando yo en la oración, y salir el copón algunas veces destapado, para adorar al Señor... Me hizo ver el Señor las grandes y especiales gracias que, desde los sagrarios, derrama sobre la tierra y, además, sobre cada individuo según la disposición de cada uno...”

“Yo vi salir como un humo del sagrario, muy brillante y claro, a modo de la claridad de la luna, que subía hasta por encima de las casas. Yo vi, como una gradación, la influencia de pueblos a



¡Oh Jesús de mi alma, encanto único de mi corazón!, heme aquí postrado a Tus plantas, arrepentido y confuso, como llegó el hijo pródigo a la casa de su padre. Cansado de todo, sólo a Ti quiero, sólo a Ti busco, sólo en Ti hallo mi bien. Tú, que fuiste en busca de la Samaritana; Tú, que me llamaste cuando huía de Ti, no me arrojarás de Tu presencia ahora que Te busco.

Señor, estoy triste, bien lo sabes, y nada me alegra; el mundo me parece un desierto. Me hallo en oscuridad, turbado y lleno de temor e inquietudes...; Te busco y no Te encuentro, Te llamo y no respondes, Te adoro, clamo a Ti y se acrecienta mi dolor.

¿Dónde estás, Señor, dónde, pues no gusto las dulzuras de Tu presencia, de Tu amor?

Pero no me cansaré, ni el desaliento cambiará el afecto que me impulsa hacia Ti.

¡Oh buen Jesús! Ahora que Te busco y no Te encuentro recordaré el tiempo en que Tú me llamabas y yo huía... Y firme y sereno, a despecho de las tentaciones y del pesar, te amaré y esperaré en Ti.

Jesús bueno, dulce y regalado padre y amigo incomparable, cuando el dolor ofusque mi corazón, cuando los hombres me abandonen, cuando el tedio me persiga y la desesperación clave su garra en mí, al pie del Sagrario, cárcel donde el amor te tiene prisionero, aquí y sólo aquí buscaré fuerza para luchar y vencer.

pueblos y ciudades hasta llegar a sus iglesias o sagrarios, y hasta cuando le sacan para los enfermos, va como derramando perlas preciosas de beneficios; y, si se viera, correría la gente para aspirar aquel ambiente que el Señor deja tan embalsamado en el aire. Sí, yo vi sin que me deje duda, el torrente de gracias que el Señor derrama en el que lo recibe con fe y amor como si derramara piedras preciosas de todos los colores...

“Vi cómo queda uno bañado y envuelto en aquel humo luciente y brillante de gracia, que no se borra esta impresión del corazón”.